

La peregrinación a Rolandseck o ruinas de Roldán es una necesidad para las almas tiernas que habitan no sólo en las dos márgenes del Rin, desde Schaffouse hasta Rotterdam, sino incluso en cincuenta leguas hacia el interior. Si hay que creer la tradición, fue allí donde remontando el Rin para responder a la llamada de su tío, dispuesto a partir para combatir a los sarracenos de España, Roldán fue recibido por el anciano conde Raymond. Éste, tras conocer el nombre del ilustre paladín que tenía el honor de recibir en su casa, quiso que fuese servido a la mesa por su hija, la bella Alda. Poco le importaba a Roldán por quien fuera servido, con tal de que la comida fuera copiosa y el vino bueno. Tendió su vaso: entonces una puerta se abrió y entró una bella jovencita con un velicomen en la mano que se dirigió hacia el caballero. Pero, a mitad de trayecto, las miradas de Alda y de Roldán se encontraron y -¡cosa extraña!- ambos comenzaron a temblar de tal manera que la mitad del vino cayó al pavimento, tanto por culpa del invitado como por culpa del escanciador.

Roldán debía marcharse al día siguiente, pero el anciano conde insistió para que pasara ocho días en el castillo. Roldán sabía bien que su deber lo esperaba en Ingelheim, pero Alda dirigió hacia él sus hermosos ojos, y él se quedó.

Al cabo de aquellos ocho días, los dos enamorados no se habían hablado aún de amor pero, la noche del octavo día, Roldán tomó de la mano a Alda y la condujo a la capilla. Llegados ante el altar, se arrodillaron los dos simultáneamente. Roldán dijo: «No tendré jamás otra esposa que no sea Alda.» Alda añadió: «¡Dios mío! Recibid el juramento que os hago de ser vuestra si no soy de él.»

Roldán se marchó. Trascurrió un año. Roldán hizo maravillas, y el eco de sus proezas llegó desde los Pirineos hasta las orillas del Rin; luego, de repente, se oyó vagamente hablar de una gran derrota, y el nombre de Roncesvalles fue mencionado.

Una noche, un caballero llegó a pedir hospitalidad en el castillo del conde Raymond; regresaba de España adonde había acompañado al emperador. Alda se atrevió a pronunciar el nombre de Roldán y entonces el caballero contó cómo en la garganta de Roncesvalles, rodeado de sarracenos, al verse solo contra cien, había sonado su olifante para llamar al emperador en su ayuda y eso con tal fuerza que, aunque estaba a más de legua y media, el emperador había querido volver; pero Ganelón se lo había impedido, y el ruido del olifante se había ido debilitando, pues era el último esfuerzo del héroe. Entonces, él lo había visto, para que su buena espada Durandarte no cayera en manos infieles, intentar partirla en las rocas; pero, acostumbrada a hender el acero, Durandarte había partido el granito; y había sido necesario que Roldán introdujera la hoja en una hendidura de la roca, y la rompiera apoyándose en ella.

Luego, cubierto de heridas, había caído al lado de los trozos de su espada, pronunciando el nombre de una mujer llamada Alda.

La hija del conde Raymond no derramó una lágrima, ni lanzó grito alguno; sólo se levantó, pálida como una muerta y, acercándose al conde le dijo:

-Padre, sabe lo que Roldán me había prometido y lo que yo, por mi parte, le había prometido a él. Mañana, con su permiso, ingresaré en el convento de Nonenwerth.

El padre miró a la joven sacudiendo tristemente la cabeza, pues se decía a sí mismo: «¿Roldán era todo, pues? y yo ¿no soy nada?» Luego, recordando que antes que padre era cristiano:

-¡Que se cumpla en todo la voluntad de Dios! -respondió.

Y, al día siguiente, Alda entró en el convento. Luego, como tenía prisa por tomar el velo, pues le parecía que mientras más separada del mundo estuviera, más cerca se encontraría de Roldán, obtuvo del obispo diocesano, que era su tío, que el tiempo de prueba fuera reducido a tres meses para ella; y, al cabo de esos tres meses, pronunció sus votos.

No habían pasado ocho días, cuando un caballero solicita hospitalidad en el castillo del conde Raymond. El conde sale a su encuentro; el caballero se detiene y lo mira sorprendido pues, durante los tres meses que llevaba separado de su hija, el conde había envejecido más de diez años. Entonces el caballero levantó la visera de su casco y dijo:

-Padre, he cumplido mi palabra. ¿Alda ha cumplido la suya?

El anciano lanzó un grito de dolor. Aquel caballero era Roldán. Las heridas que había recibido habían sido profundas, pero no mortales. Después de una larga convalecencia, se había puesto en camino para reunirse con su prometida. El anciano se apoyó en el hombro de Roldán; luego, haciendo acopio de valor, lo condujo sin responderle una sola palabra a la capilla y allí, haciéndole un gesto para que se arrodillara al tiempo que él mismo se arrodillaba:

-Recemos -le dijo.

-¿Está muerta? -susurró Roldán.

-¡Está muerta para ti y para el mundo! ¿No había prometido que sería tuya o de Dios? Ha cumplido su juramento.

A la mañana siguiente, Roldán, dejando su caballo y sus armas en el castillo del

anciano conde, salió a pie, se dirigió a la montaña y por la tarde llegó a la cumbre de uno de los picos que dominan el río; y vio a sus pies, al extremo de su isla rozagante, el convento de Nonenwerth. En aquel momento, las religiosas cantaban el oficio vespertino, y en medio de todas aquellas voces que se elevaban al cielo, hubo una voz que le llegó derecha al corazón.

Roldán pasó la noche tendido en la roca; a la mañana siguiente, al amanecer, las monjas cantaron maitines, y él oyó de nuevo la voz que hacía vibrar todas las fibras de su alma. Entonces decidió construirse un eremitorio en la cima de aquella montaña, con el fin de no alejarse al menos de la que amaba. Y se puso manos a la obra.

Hacia las once, las religiosas salieron y se dispersaron por la isla; pero una de ellas se alejó del resto para ir a sentarse bajo un sauce al borde del agua. Estaba cubierta por un velo; llevaba el mismo hábito que las demás religiosas, pero Roldán no dudó de que era Alda.

Durante dos años, mañana y tarde, Roldán oyó entre las voces de las demás religiosas, la voz que le era tan querida; durante dos años, todos los días, a la misma hora, la misma religiosa solitaria fue a sentarse en el mismo lugar, aunque cada día llegaba más lentamente. Finalmente, una noche, la voz faltó. A la mañana siguiente también faltó. Llegaron las once y Roldán esperó en vano. Las religiosas se dispersaron como de costumbre por el jardín, pero ninguna de ellas fue a sentarse bajo el sauce a orillas del agua. Hacia las cuatro, cuatro religiosas, relevándose, excavaron una fosa al pie del sauce; cuando la fosa estuvo lista, Roldán oyó de nuevo los cantos en los que seguía faltando la voz más dulce y bella, y la comunidad al completo salió escoltando el ataúd en el que iba tendida una virgen con la frente coronada de flores y el rostro pálido y descubierto. Era la primera vez en dos años que Alda levantaba su velo.

Tres días después, un pastor que había perdido una cabra subió a la cima de la montaña y allí encontró a Roldán sentado, con el dorso apoyado en el muro de su eremitorio, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba muerto.